

Haciendo barro, produciendo género. Mujeres en la alfarería de la Galicia rural desde finales del siglo XX

Moulding clay, building gender.
Women in galician rural pottery since the end of the 20th century

Ana Cabana Iglesia *
Elena Freire Paz

Universidade de Santiago de Compostela
ana.cabana@usc.es
elena.freire@usc.es

Recibido el 11 de febrero de 2017

Aceptado el 30 de mayo de 2017

[1134-6396(2018)25:1; 53-70]

<http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v25i1.5635>

RESUMEN

Las mujeres son una realidad en el ejercicio actual de la alfarería en Galicia, como lo eran en el pasado, pero sus roles han mutado. Hasta la década de los 60 desempeñaban labores conceptualizadas como auxiliares o de apoyo, pero eran una excepción en fases como el torneado, a la que solo los varones tenían acceso. En este trabajo analizamos las circunstancias que han posibilitado la feminización de ese oficio propio de la sociedad rural a finales del siglo XX. Tenemos en cuenta tanto la capacidad de agencia de aquellas mujeres que han protagonizado la modificación de los roles de género tradicionales, como la importancia que las actuaciones de recuperación y puesta en valor del oficio por parte de la Administración han adquirido a la hora de transformar las pautas culturales y los imaginarios colectivos de la sociedad rural gallega, que definían la percepción de la feminidad en términos que imposibilitaban el desempeño de la alfarería tradicional.

Palabras claves: Mujeres. Oficios. Tradición. Rural. Barro. Galicia.

* Ana Cabana Iglesia es miembro del Grupo de Referencia Competitiva “Historia agraria y política del mundo rural” (HISTAGRA [<http://histagra.usc.es>]) y Elena Freire Paz del Grupo de Investigación 1428 Antropoloxía Socio-cultural. Este artículo ha sido financiado a través del proyecto de investigación del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte HAR2016-77441-P.

ABSTRACT

Women are a reality in the current practice of pottery in Galicia, as they were in the past, but their roles have mutated. Until the decade of the 60s they carried out works conceptualized like auxiliaries or of support, but were an exception in phases like the turning, to which only the men had access. In this paper we analyze the circumstances that have made possible the feminization of this office proper to rural society at the end of the 20th century. We take into account both the agency capacity of those women who have carried out the modification of the traditional gender roles, and the importance that the actions of recovery and valorization of the office by the Administration have acquired in transforming the Cultural patterns and collective imaginaries of Galician rural society, which defined the perception of femininity in terms that precluded the performance of traditional pottery.

Keywords: Women. Crafts. Tradition. Rural. Pottery. Galicia.

SUMARIO

1.—De mujeres y barro 2.—Hacerse con el oficio. La presencia de mujeres en los tornos alfareros 3.—Cambiar tradición por formación. Poderes públicos y feminización del oficio 4.—Conclusión: ceramistas con marchamo de alfareras o viceversa. 5.—Referencias bibliográficas.

1.—De mujeres y barro

El objetivo del presente estudio será identificar y tratar de explicar las claves que han permitido el significativo acceso de las mujeres al ejercicio pleno de un oficio artesanal propio de la sociedad rural gallega como es el de la alfarería desde la última década del siglo XX. Si durante años las tareas de torneado y cocción de los objetos elaborados con barro estuvieron restringidas a los varones —menos en situaciones tremendamente excepcionales en las que se permitía la alteración puntual de los prototipos de género—, en los noventa, se produce la incorporación de mujeres al ejercicio de esas labores. ¿Cuáles han sido los caminos por los que ellas han transitado para llegar hasta aquí? ¿Por qué, cómo y cuándo se han modificado las pautas culturales y los controles sociales que restringían ese campo de trabajo a los sujetos femeninos? A estas preguntas intentaremos responder en este trabajo.

Nuestro estudio se restringirá temporalmente a las décadas comprendidas entre 1990 y 2010, periodo en el que hemos podido constatar dos procesos: a) el del aprendizaje de las futuras alfareras y su incorporación a la actividad, que ocurre en la década de los noventa y b) el de la transformación de su categoría laboral con la puesta al frente de los talleres, que tuvo lugar en la primera década de los 2000.

A primera vista puede sorprender el periodo histórico elegido para nuestro estudio, tanto por su escasa “historicidad” (estaríamos en los marcos temporales de la historia del presente) como porque en esas fechas se puede dar por hecho que las mujeres en los espacios rurales ya han roto los “techos de cristal”, construidos

mediante prácticas culturales perpetuadas en el tiempo, que las convertían en sujetos subordinados y discriminados. Y ciertamente, muchos de esos obstáculos invisibles, pero tangibles, habían caído ya desde que, a finales de los años setenta, la democracia impusiera sus formas más igualitarias entre hombres y mujeres y la sociedad campesina, y con ella su cultura profundamente discriminatoria para con aquellas, viviera su ocaso. Pero, al igual que en el medio urbano, seguían existiendo esferas en las que los modelos de género no habían sufrido mudanzas significativas, y ese era el caso de la alfarería tradicional¹.

Como bien ha demostrado Teresa M.^a Ortega (2013), la conquista de la democracia no supuso inmediatamente un cambio en el modelo asimétrico de relaciones de género en el campo, pero habilitó un espacio propicio para el éxito de las “estrategias de género” implementadas por las mujeres para hacerse visibles y reconocibles a nivel económico, político o de formación. Su lucha mediante acciones y denuncias individuales y/o colectivas, con o sin la mediación de sindicatos, operó como motor del cambio social y político acontecido en el campo. Leyes como la de *Titularidad compartida de Explotaciones Agrarias* (2011) deben ser leídas como el fruto de las resistencias mostradas por las mujeres rurales a seguir siendo un colectivo invisible. Como veremos, en nuestro caso, las mujeres alfareras accedieron a espacios que les eran vetados históricamente, pero ya no tuvieron que plantar batalla social, sino que rentabilizaron lo peleado por otras mujeres del medio rural gallego dos décadas antes. En otro nivel, sus luchas, llevadas a cabo siempre desde la individualidad, se circunscribieron al ámbito familiar².

La metodología de nuestro trabajo incluye la elaboración de cuatro historias de vida de alfareras de la provincia de Lugo, cifra que supone el total de las mujeres dedicadas a la alfarería tradicional en ese territorio. Estas se han elaborado a partir de entrevistas cronológicas y semiestructuradas con final abierto que se han conjugado con la observación participante. Nuestras fuentes, pues, tendrán

1. Empleamos el término “tradicional” para referenciar a un sector concreto de la alfarería, aquel que tenía como objeto cubrir las necesidades de menaje para el campesinado. La elaboración de piezas funcionales a bajo coste era su seña de identidad y justificaba la utilización de unos materiales básicos, la no proliferación de ornamentaciones y el muy limitado uso de productos impermeabilizantes. Estamos ante una concepción que, bien lejos de ser atemporal o noconcreción —como viene siendo habitual en el uso de este término—, es por el contrario empleada aquí para definir las claves del oficio del barro (códigos que conocen y comparten productores y compradores de los cacharros). No se trata del desarrollo de una tarea productiva sin más, sino que constituye una forma específica de saber y de hacer, una competencia para la transformación de materias en productos que forman parte de un sistema cultural.

2. No podemos obviar que “... la identidad masculina/femenina es [...] una representación histórica y social, flexible y sujeta a cambios. Es activamente construida y negociada a diferentes —y frecuentemente antagónicos— niveles de la sociedad, el individuo, la familia, la comunidad y el Estado [...] lo que resulta en contradicciones y en diferentes estratos de significado social y cultural” (Cole, 1994: 168).

un carácter eminentemente cualitativo. Los testimonios de las alfareras nos permitirán rastrear los itinerarios vitales individuales modelados en interacción con los cambios colectivos. La observación participante posibilitará conocer las dinámicas internas que caracterizan su trabajo actual. También hemos trabajado con datos de la Escuela de Artes y Oficios Ramón Falcón (Lugo) —ahora denominada *Escola de Arte e Superior de Deseño Ramón Falcón*— que ofrece formación en la especialidad de ceramista desde 1976³.

La delimitación geográfica responde a diversas consideraciones. Por una parte, ya con anterioridad habíamos analizado la situación de las mujeres en la alfarería tradicional en los años previos al periodo histórico en el que ahora nos movemos (Cabana y Freire, 2015) y lo habíamos hecho centrándonos en el caso de la parroquia lucense de Bonxe, por lo que el trabajo actual se presenta como una cierta continuación de aquel, si bien ahora ampliamos el marco de estudio al conjunto de los alfares de la provincia y nuestro interés no gira ya entorno al concepto de empoderamiento. Por otra parte, Lugo resulta un marco adecuado para analizar cómo se produjo el acceso de las mujeres a los tornos alfareros, porque fue en esta provincia gallega, y únicamente en ella, donde las instituciones llevaron a cabo un proceso de recuperación del oficio del barro tradicional en el que se inscribe, como veremos más adelante, la feminización de la actividad⁴.

Antes de continuar debemos hacer una apreciación relativa a lo que entendemos por “feminización”. Operamos con una definición que remite a la presencia de mujeres en el oficio en puestos o al frente de determinadas fases productivas que con anterioridad eran exclusivamente ejercidas por varones. En el caso de la alfarería lucense esto ha supuesto desempeñar la jefatura del taller y también hacerse con el control de las fases de torneado y cocción del barro. Es más, por feminización también nos referimos a que las mujeres no solo “están” en la alfarería tradicional sino que ellas “son” la alfarería tradicional. Han transformado en femenino un oficio de hombres. Así, en cinco de los siete talleres que hacia 1990 funcionaban en la provincia —repartidos en el norte (Mondoñedo), centro (Bonxe-Outeiro de Rei) y sur (Gundivós-Sober)— había presencia femenina. En la siguiente década, si bien asistimos a una disminución del número total de talleres

3. A esta información hemos intentado añadir la que debiera haber arrojado la consulta de los fondos oficiales generados por la Xunta de Galicia y organismos vinculados con la actividad alfarera en la provincia de Lugo (Diputación Provincial, INLUDES —Instituto Lucense de Desarrollo— y el CENTRAD —Centro de Artesanía e Deseño—), pero nuestros empeños han sido inútiles pues toda esa documentación ha sido destruida por la Administración, actuación que denunciamos desde estas páginas.

4. En las demás provincias o bien el oficio no sufrió un declive tan acusado que obligó a las instituciones a involucrarse para evitar su desaparición (caso de A Coruña) o esta sucedió sin que aquellas tomaran medidas (Ourense y Pontevedra).

—de siete a cinco⁵—, la presencia femenina se ha hecho todavía más visible, ya que en cuatro de ellos son las mujeres las que ocupan su jefatura.

Con estos datos es fácil deducir que nos encontramos ante un oficio tradicional que, como casi la totalidad de ellos, está amenazado con desaparecer. Su presencia meramente puntual y residual es entendible dado que su producción ya no tiene una finalidad de uso sino que es exclusivamente simbólica. A pesar de ello, nos parece de interés su estudio ya que lo entendemos en términos de ejemplificación de lo acontecido con la sociedad rural gallega, también inscrita en un evidente proceso de desarticulación desde los años setenta⁶.

2.—*Hacerse con el oficio. La presencia de mujeres en los tornos alfareros*

La práctica totalidad de las alfareras que en los 2000 regentan talleres de la provincia de Lugo había nacido rondando la década de los sesenta⁷ y en el medio rural⁸. Estas mujeres forman parte de lo que desde la Sociología se ha definido como generación soporte (Camarero, 2002), es decir, nacieron en el *baby boom* y mantuvieron el “sentimiento de arraigo” con el rural (Díaz, 2005:65). Todas ellas

5. En este cómputo no incluimos un taller de nueva apertura en la primera década de los 2000 en la zona de Gundivós (Sober, Lugo). Aun contando con esta nueva incorporación la presencia de mujeres sigue siendo significativa: de seis talleres, en cuatro hay mujeres y están al frente del taller.

6. Como bien ha señalado Edelmiro López Iglesias (1997), la desagrarización en Galicia ha sido tardía y tremendamente abrupta. En 1950 trabajaba en el campo gallego más del 70% de la población ocupada, cuando el porcentaje era inferior al 30% en los países de la Europa del norte y en torno al 40-50 en los de la Europa del Sur (España, Portugal, Italia). Pero entre 1950 y 1995 el número de personas ocupadas en la agricultura en Galicia disminuyó globalmente en más de un 80%, una caída muy intensa, incluso desde una perspectiva comparada, pues se supera ampliamente el ritmo medio registrado en los países de la Unión Europea. A esto se une el envejecimiento de los efectivos agrarios y al menos tres transformaciones de gran calado, una en la esfera de integración mercantil (agroindustria), otra en el ámbito de la producción (especialización y sustitución acelerada de trabajo por capital) y una última en el espectro de la formación: las vías tradicionales de transmisión del conocimiento (familiares, intergeneracionales, peso de la experiencia y de lo experimental) dejan paso a la formación profesional (sistema educativo reglado y divulgación desde las instituciones oficiales), lo que permite hablar del ocaso de las formas y valores de la agricultura tradicional. Sobre este mismo aspecto, pero más interesado en la pérdida de la cultura propia de la sociedad campesina gallega, *vid.* González Reboredo (2009).

7. Alfarera 1 en 1957, la Alfarera 2 en 1963 y la Alfarera 4 en 1956. La Alfarera 3 nació en 1927, no cumple por tanto el criterio de “mujer joven” que se incorpora a la alfarería de las demás, pero sí comparte la categoría de mujer con acceso al torno en el periodo objeto de estudio.

8. Incluimos en el término rural un espacio rururbano como eran los barrios más periféricos de la ciudad de Lugo, caracterizados por viviendas unifamiliares con espacio destinado a huerta, con animales domésticos y habitados por familias procedentes de las parroquias rurales que mantuvieron las pautas culturales y relacionales características de sus lugares de procedencia. En dicho ámbito rururbano nació la Alfarera 2.

llegaron al oficio del barro después de haber ejercido otras profesiones o, al menos, de haberlo intentado. Ninguna se planteó la alfarería como primera opción en el mundo laboral, pese a que alguna de ellas procedía de familia de alfareros⁹. Pasaron su infancia y primera juventud en zonas donde la cacharrería estaba viviendo dos procesos contrapuestos. Desde el punto de vista económico se trataba de un oficio en franca retracción pero, desde el punto de vista social, por primera vez existe una mirada no despectiva sobre el oficio¹⁰. Ambas transformaciones están en el origen de la revalorización de la actividad en su doble vertiente, material (cacharros) y personal (alfarero), y constituyen el sustrato sobre el cual hay que entender el acceso femenino al torno.

La situación económica del barro desde los sesenta es la de un oficio cuyo trabajo ha perdido todo significado en lo relativo al uso de los materiales que produce. Ya nadie usa/compra objetos de barro ante la aparición en el mercado del plástico y el vidrio. Esto provocó que muchos de los talleres, la mayoría, fueran cerrando sus puertas por falta de demanda. Pero unos pocos se mantuvieron porque aprovecharon el comienzo de un cierto tipo de turismo cultural que vio en sus creaciones el modo de acceso a unos elementos materiales que representaban aquella cultura tradicional que claramente estaba desapareciendo. Bien es cierto que ello permitía ventas muy puntuales y en ningún caso sustentadoras de una economía familiar, pero sí reseñables como complemento de rentas. Ese proceso de venta era mucho más significativo como “prestigiante” que en el marco de lo económico, porque establecía relaciones con el medio urbano y con gente con una cierta formación, vínculos nada desdeñables para el alfarero, que empieza a verse, por primera vez, reconocido como artesano con categoría artística¹¹. Esto también llevó a la transformación de las piezas de barro que, además de perder su función, vieron alteradas sus formas (más recargadas, tamaños más pequeños, generalización del vidriado que da brillantez a la pieza, etc.).

9. “...yo me acuerdo cuando era pequeña, la última feria que hiciera (su padre) yo había ido, que había sido Monterroso y era una feria donde se vendían muchas tazas de vino ese día porque era una feria de la siega, pero yo me acuerdo ...” (Alfarera 1).

10. Natacha Seseña “una de las ramas artesanas más antiguas corre el peligro de desaparecer totalmente y de manera inadvertida, o de ceder el puesto a una producción sin gusto, acomodada a los turistas” (Seseña, 1975: 30-31). Esta idea de “extinción” del oficio alfarero en España está presente en el conjunto de la producción científica de esta autora y de manera muy destacada en Seseña (1997).

11. En este sentido, resulta muy ilustrativa la explicación que la Alfarera 3 aporta sobre cómo retoma el oficio a su vuelta de la emigración: “bueno porque en ese momento [...] pues había mucha pregunta por la alfarería de Gundivós y entonces hice unas piezas para dar a los vecinos y a la familia y después, a partir de eso quedaron unas cuantas piezas pequeñitas y en el año 81 fue la Feria del Vino en Sober y [...]vinieron los encargados de hacer la feria y dijeron esos cacharros tienen que venir a Sober [...] y después, allí, ese día fue Luciano [...] era el autor de *Alfarería de Galicia* y ya vino aquel día a casa y entonces a partir de ahí pues empezamos a trabajar y bueno, pues después, entre unas cosas y otras, no daba abasto”.

A esta novedosa orientación mercantil se añade un segundo cambio, igualmente decisivo para aquellas mujeres jóvenes que, aun sin ser espectadoras directas, pues cuando aconteció estaban viviendo otras experiencias vitales diametralmente diferentes —matrimonio, abandono de estudios medios, emigración temporal, etc.—, fueron atraídas hacia un oficio que hasta ese momento les resultaba ajeno. Se trata de la aparición de las primeras publicaciones académicas y/o divulgativas sobre la alfarería. Dichas monografías son las causantes de un nuevo discurso sobre el oficio, con el que las piezas pasan a ser vistas como soportes materiales de una identidad rural gallega en términos positivos¹². Es más, es en estas obras donde va a aparecer una imagen que más tarde se constituirá como prototípica de la alfarería tradicional gallega a partir de los años ochenta, pese a no ser en su momento más que la única excepción. Se trata de la aparición de fotografías —en portada y en fotogramas seriados en los que se visualizan los pasos de elaboración de las piezas— donde una mujer ocupa el torno¹³. El impacto de lo visual de esas publicaciones acabó por introducir la figura femenina como protagonista en el imaginario del barro. No se trata de una pauta de actuación aislada, sino que se mantuvo en el tiempo en la cartelería generada por diferentes organismos dedicados a la promoción de los oficios tradicionales, para los que se buscan de forma expresa imágenes de mujeres artesanas¹⁴.

12. Esta proyección idealizada sobre la sociedad campesina es heredera directa del romanticismo en cuyas fuentes bebe el folclorismo. Debemos agregar que una parte significativa de los autores de esas publicaciones integran la intelectualidad gallega del momento (galleguismo) y de manera muy destacada debemos reseñar la figura de Luciano García Alén, miembro del Patronato del Museo do Pobo Galego. La Alfarera 1 nos comenta que para ella esta atención al oficio de intelectuales sirvió para mirar con otros ojos la producción de cacharros, a la que se dedicaba su padre y que nunca había considerado hasta entonces una posible opción laboral “cuando estuvo don Luciano García Alén por aquí con Manuel y con mi padre, y eso pues, eso también es una forma de ... de darle valor”.

13. De los ochos talleres existentes en Lugo en ese momento, solo en uno de ellos había presencia femenina. Se trata de la Alfarera 3, en cuya historia de vida hemos encontrado las razones de esta excepcionalidad. Sus circunstancias vitales responden a una casuística muy específica, no solo con respecto al oficio sino también al encuadre en nuestra investigación. Había nacido en una familia de tradición alfarera, “en nuestra familia venía de tradición familiar era...fui yo la cuarta generación, por lo menos, que se conozca, dos hermanas de mi padre y el abuelo y el bisabuelo”. Tras su fase de aprendizaje, cuando era niña “bueno, yo a los doce años y medio ya me puse a trabajar”, ella nunca ejerció el oficio hasta su retorno de la emigración en Suiza, ya jubilada. Como ya hemos indicado, su vuelta coincide en el tiempo con la búsqueda por parte de intelectuales de los rescoldos de las actividades artesanales tradicionales del mundo rural, y en ese contexto, decide reactivar sus conocimientos con el barro, convirtiéndose en la imagen más potente y difundida del oficio.

14. En este sentido el hecho de que la Administración recurriera a la figura femenina como símbolo del colectivo alfarero concuerda con las reflexiones de Teresa del Valle acerca de las relaciones de poder cuando señala que “se utiliza la estrategia de realzar las realidades exitosas para proyectar como realidad lo que es todavía una situación minoritaria y desigual cuando se la compara con la de los hombres” (Valle, 2008: 174).

Como ya hemos adelantado, las futuras alfareras habían visto cerrar numerosos talleres y asumir la mudanza descrita en aquellos pocos que pervivieron. Pero ellas no se decantaron por el ejercicio de la actividad ni ante el inicio de un discurso en términos positivos del oficio. ¿Por qué elijen ser alfareras y cuándo lo hacen? Ocurre en la década de los noventa y no tenemos en sus historias de vida una causa unívoca a la hora de explicar esta determinación. Pero en todo caso todas compartirían el no tener una orientación laboral definida ni gratificante. Se encontraban en un momento vital (25-30 años) de búsqueda de horizontes con los que superar el rol asignado de madres y esposas¹⁵. Estas mujeres eran altamente activas en el ámbito doméstico (amas de casa, madres, colaboradoras en la gestión de explotaciones agrícolas/ganaderas, etc.) pero sus acontecimientos vitales implicaron para ellas una reducción de las oportunidades laborales (no poder desplazarse a otras provincias o núcleos urbanos, no poder adecuarse a según qué horarios laborales, etc.) lo que las mantenía en su rol de domesticidad o en una inserción laboral precaria¹⁶. Lo relevante es que dicha etapa vital coincide temporalmente con la actuación de las instituciones ofreciendo formación profesional. Esta abría puertas a la inserción laboral a través de una vía que suponía una inversión reducida de tiempo y dinero, con estándares de calidad y que permitía la conciliación con la vida familiar.

La pregunta que se genera automáticamente es la de por qué las mujeres que habían tenido una vinculación directa y personal con la alfarería tradicional no mostraron interés por acceder a estas actividades formativas si ya contaban con experiencia en los talleres (aunque no en el torno). En la agricultura y en la ganadería sí son estas mujeres las que dan un paso al frente al involucrarse en las actividades de formación que ofrece, por ejemplo, el Servicio de Extensión Agraria (Díaz Geada, 2015), o aprovechan la potencialidad que confiere la legislación para pasar a desempeñar los lugares hasta entonces solo ocupados por hombres. ¿Por qué acontece este trasvase en la ganadería y la agricultura y en la alfarería no?

Para empezar a responder a estas cuestiones debemos señalar que no quedaban mujeres ligadas al oficio tradicional del barro que no estuvieran en una franja de edad próxima a la jubilación, lo que las alejaba de una circunstancia vital óptima para insertarse en una formación reglada. Y más importante si cabe,

15. Esa aflicción y preocupación vital queda patente en el testimonio de Alfarera 1, “para mí fue muy fuerte ... lo de casarme y meterme en aquella casa para mí, para mi vida...porque era como cerrarme un poco en todas mis aspiraciones...te quieren encasillar [...] tú tienes que hacer esto y entonces te empiezas a dar cuenta y dices “no, yo tengo que hacer lo que yo quiera dentro de mis posibilidades”. También muy elocuentes en lo relativo a la insatisfacción de sus proyectos vitales y laborales los testimonios de Alfarera 2 “En 1982 me casé, tuve al niño y nada.” y Alfarera 4 “trabajaba...hacia restauración de muebles...había estado de administrativa por temporadas en el hospital, bueno chapuzas de esas...hacia cosas esporádicas...surgió esto y dije yo...pues mira aprende [...] otro trabajo no conseguía...”.

16. Sobre el estrechamiento de las posibilidades de acceso a lugares de trabajo como generador de una progresiva *descualificación* del trabajo femenino rural, vd. Camarero (2008)

sus aspiraciones no eran las de acceder a los lugares prohibidos del taller, sino convertirse en agricultoras. Alejarse del barro e identificarse con lo que para ellas era el logro vital y social, entrar en el sistema de cotización del régimen agrario de la Seguridad Social. Esta generación de mujeres había asumido las pautas culturales dominantes de clase más que las de género y sus expectativas pasaban no por “liberarse” de la subordinación de lo femenino en el oficio alfarero, sino por subir en la escala social convirtiéndose en pequeñas propietarias agrícolas. Así pues, las mujeres rurales de casas con alfares mayores de 50 años centraron sus esfuerzos en la lucha por su igualdad en terrenos que consideraron dignos de ser ocupados, no en aquellos que eran desdeñados socialmente, incluso para los varones. La propia valorización social de la tierra, el concepto de campesino propietario como prestigioso y la estigmatización social de la alfarería (sucio, de pobres, etc.) están en la base de la respuesta.

A diferencia de aquellas, las jóvenes que luego serían alfareras construyeron su imaginario colectivo en términos contrapuestos otorgándole tintes negativos a todo lo relacionado con el trabajo agrícola¹⁷ e impregnándose de las connotaciones positivas que, como hemos visto, desde el entramado académico se le otorgan a la alfarería una década antes. Su postura frente a la agricultura y al rol de esposa de agricultor es mayoritaria en su cohorte de edad, de ahí la denominación de círculo quebrado, con el que se describe gráficamente la ruptura generacional acontecida en la España rural en lo relativo a las estrategias de empleabilidad femenina (Camarero *et al.*, 1991).

La confrontación entre estos dos planteamientos vitales queda de manifiesto en las historias de vida de las actuales alfareras. Dos de ellas, que están al frente de sus talleres en solitario desde principios de los 2000, han tenido que enfrentarse a situaciones familiares muy complejas en las que los parientes directos manifestaron su frontal oposición al desempeño del oficio alfarero tradicional por su parte. El soporte discursivo está jalonado de argumentos que proceden de los clichés de género (trabajo de hombres, lugar de la mujer no está en el torno sino en casa como madres y esposa, etc.) y de clase (mejor posición era la que ya tenían al estar casadas con labradores propietarios)¹⁸.

17. Como señala Román Rodríguez a la hora de indicar problemáticas del mundo rural gallego actual, “... cuenta con un bajo nivel de prestigio social y un muy escaso reconocimiento por parte de la población. Esta circunstancia generó un sentimiento de auto-rechazo entre los propios agricultores y una fuga hacia áreas o empleos urbanos, sobre todo de aquellas personas con una mejor cualificación y formación” (Rodríguez, 2011:169). Dicha percepción negativa no es exclusiva del campo gallego, y ya ha sido analizada para otras realidades rurales, como la asturiana (*vid.* Díaz y Díaz, 1995).

18. Varios extractos de las entrevistas realizadas ilustran, por un lado, la tensión familiar generada por la decisión de ser alfarera y no esposa de labrador a tiempo completo o realizar estudios considerados propios de la condición femenina “mi casa está toda revuelta (risas) además paso, porque mira yo estoy viviendo con mi suegra y por mucho que quiera poner las cosas bien ella va y me las pone mal y entonces a veces, ya paso, tengo digamos mi área [el torno] ... a veces no sé ni

Como ya hemos avanzado, estas resistencias a la incorporación de las mujeres a la alfarería en posiciones de poder (en el torno y al frente de talleres artesanos) se quedaron en el plano de lo privado¹⁹, no hubo reacciones negativas ni conflicto social cuando las mujeres accedieron a los puestos de responsabilidad bien entrada la década de los 1990. Dicha ausencia debemos atribuirla a cuatro factores fundamentales: 1) camino allanado por otras mujeres que habían luchado por la igualdad en el mundo rural desde la llegada de la democracia. Los años no habían pasado en balde y la sociedad rural se había hecho permeable a los cambios que habían llevado a las mujeres a puestos, cargos y trabajos antes asociados al género masculino²⁰. Este hecho sin duda ayuda a entender por qué a finales del siglo XX un discurso basado en el heteropatriarcado ya no hubiera calado, por lo menos en la esfera de lo público; 2) otro elemento desactivador del conflicto fue, sin duda, que las mujeres accedieron a una profesión tenida por masculina sin confrontarse a los hombres y en ausencia de estos. Dado que la actividad alfarera a partir de los años sesenta no suponía ingresos suficientes no hubo relevo generacional en el oficio. Los hijos varones de los alfareros emigraron o acabaron en otras actividades económicas —con requisito de formación o sin él, relacionados con la actividad agraria o no— que se consideraba que podían garantizar el mantenimiento de la unidad familiar; 3) en relación con lo anterior, la comunidad las percibe como dinamizadoras de un medio rural en franca decadencia, por lo que el hecho de que asuman roles tradicionalmente masculinos, bien lejos de ser criticado, es alabado porque cubren a nivel local un espacio de liderazgo y de protagonismo en tiempos de desagravación, despoblación rural y de huida ilustrada femenina a la ciudad (Camarero y Sampredo, 2008:77) y 4) el desempeño de la alfarería, como hemos dicho, no suponía el abandono del rural, y debemos añadir que tampoco el de la casa y, con ello, aquellas mujeres pudieron compatibilizar su labor de amas de casa y madres con su ocupación laboral y ello mermó las potenciales críticas sociales²¹.

los terneros que hay, ni los cerdos que hay [...] ella lo lleva muy mal” [...]” o “ese espacio [torno] es exclusivamente mío y para mí eso es muy importante y después, claro, son pequeñas batallas que tienes que ir haciéndole ver a la gente que te rodea, que es posible, ¿no?, que no estás loca, que es posible vivir de esto [de la alfarería]...” Alfarera 1. “Yo no estaba nada bien vista ¡eh! ¿Sabes cómo me decía mi suegra? [...] era por el oficio... y mi madre tampoco eh “tú con tu hijo”[...] me quedaban con los niños si hacía magisterio” Alfarera 2. También se evidencia el peso del discurso lleno de tópicos clasistas que oían de sus familiares y que contraponía la idea de campesino propietario a la de alfarero “... pero es que aquí, por ejemplo, los que se dedicaban a hacer barro era la gente que no tenía tierras y en Galicia, ya sabes, que no tener tierras es no tener nada”. Alfarera 1.

19. A propósito de las relaciones de poder en el contexto doméstico en Galicia, vd. Roseman (2012).

20. Un ejemplo de ello en, entre otros, Ortega (2013) y Ledo Regal (2010).

21. En sus testimonios las alfareras revelan que una de las ventajas de su oficio es el grado de independencia que les otorga en términos económicos y su importancia como configurador de sus identidades individuales, pero de un modo u otro dejan entrever que pueden mantener su actividad

Pero para que germinase de manera rotunda la feminización de la jefatura de los talleres debemos tener presente la actuación de la Administración, tanto diseñando e implementando los cursos de formación como generando las dinámicas propias de los procesos de puesta en valor sobre la alfarería tradicional.

3.—*Cambiar tradición por formación. Poderes públicos y feminización del oficio*

Las historias de vida de las alfareras prueban la importancia de la formación. Si bien dos de ellas —Alfarera 2 y Alfarera 4— siguieron, en un primer momento, las pautas informales de formación tradicionales en el oficio, todas acabaron recibiendo la instrucción que ofrecía la Administración, bien en la Escuela de Artes y Oficios, bien en los cursos ofertados por la Xunta de Galicia a través de la Consellería de Industria²².

Ya desde 1976, con la apertura de la Escuela de Artes y Oficios de Lugo la cerámica había pasado a ser una de las ramas de formación profesional implementadas en la educación reglada a las que las mujeres tenían acceso²³. Pero no debemos caer en la errada conclusión de pensar que dicha formación tuvo relación alguna con el oficio tradicional del barro. Se trata de esferas inconexas a esa altura, diametralmente opuestas tanto en lo relativo al aprendizaje, la producción o los canales de distribución y los destinatarios de las piezas o el espacio geográfico ocupado²⁴. Mientras que la alfarería basaba su transmisión en redes familiares/

porque son capaces de marcar los tiempos de trabajo, lo que les permite seguir dedicándose al cuidado de sus familias. La Alfarera 1 comenta “y también te das cuenta de que trabajas pero a tu ritmo, con tus tiempos, aquí [...] pero trabajas tú y para ti, sin patrón y para mí eso es también muy importante”.

22. Lo que en el mundo rural suponía un aprendizaje inscrito en los marcos de las relaciones de parentesco y en el ámbito de lo doméstico dejó paso a otro modelo de formación reglada. Esto no supone que los vínculos dejen de tener su importancia, así, en algunas de las personas que se inscriben en los cursos de formación y acaban por montar talleres propios, en un porcentaje no desdeñable, podemos aseverar la trascendencia de sus vínculos “familiares” (no necesariamente vínculos de sangre, sino entendidos como lazos, establecidos en clave familiar, con una persona joven que “herede” el oficio, en clave de filiación, real o simbólica).

23. Consultados los Boletines de Calificación de la Escuela de Artes y Oficio de Lugo desde su apertura se constata la mayoritaria presencia de mujeres. En ninguna promoción hasta 2010 el número de varones fue superior o igual al de mujeres. Sirvan a modo de ejemplo las catas de los cursos 1976-77 (11 alumnas, 2 alumnos), 1985-86 (19 alumnas, 6 alumnos), 1992-93 (12 alumnas, 3 alumnos) o 2002-2003 (9 alumnas, 1 alumno).

24. En todos los testimonios se incide en la distinción entre el mundo de la alfarería tradicional y el de la cerámica. “...Yo fui a la Escuela para aprender...[por]el título, para hacer cosas que tienen que ver con la cerámica en pastas, esmaltes...[...]... cuando tu entras en ese mundo (cerámica) y te quedas es porque te gusta, es que eres creativo. A Alejandro [alfarero] por ejemplo, le vino impuesto, era el trabajo de su padre y tuvo que ir a trabajar en eso porque era el sitio que había” Alfarera 2. La

vecinales y en contextos informales²⁵, la cerámica se impartía en un marco de educación institucionalizada²⁶. La primera orientaba su producción a satisfacer la demanda de menaje doméstico con función utilitaria, la segunda estaba enfocada al desarrollo de la creación artística. Los cacharros de arcilla se vendían en ferias rurales, mientras que las piezas de cerámica se introducían en el mercado a través de ferias-exposición y tiendas urbanas. La alfarería se realizaba en, para y desde el rural, la cerámica pertenecía al ámbito de lo urbano. El oficio tradicional se concebía como una labor de varones, la producción industrial o artística entraba de lleno en el mundo de las “profesiones femeninas” (como el bordado, el corte y la confección, el grabado o la pintura)²⁷.

La línea divisoria estaba meridianamente clara desde el punto de vista socioeconómico, nada tenían que ver alfarero y ceramista. Y así continuó siendo hasta los años noventa, cuando la ausencia de mercados para los cacharros y la falta de relevo generacional de los alfares, junto con el interés de la Administración por evitar la pérdida de este oficio tradicional, provocan que la cerámica absorbiera lo que hasta entonces era un campo diferenciado. Pero curiosamente, ya lo adelantamos aquí, dicha asimilación no erradica, al menos nominalmente, la alfarería tradicional, pues esta sigue usándose a conveniencia como “factor diferencial” que identifica cierta producción en un mercado globalizado. Lo “tradicional” se convirtió en una etiqueta que reivindica un lugar propio dentro de la masiva producción cerámica, un aval de calidad y exclusividad. En esta tesitura la alfarería solo sostiene del pasado el término “tradicional” como reclamo²⁸.

Las políticas públicas de formación en alfarería que se ejecutan en este momento, precisamente para mantener la corrección, no establecen diferencias entre hombres y mujeres a la hora del acceso. Cuando se lanzan las convocatorias de

Alfarera 1 señala que se matriculó en la Escuela Ramón Falcón porque “entonces yo hasta quería ser artista, artista que es una cosa muy grande...”.

25. El proceso de aprendizaje dentro de la alfarería tradicional se producía desde edades muy tempranas y sin instrucciones concretas, se canalizaba a través de la observación, la imitación y la repetición. La Alfarera 3, la única de nuestras informantes que había aprendido de niña el oficio, luego cuando ejerció como maestra alfarera de otra de nuestras informantes, Alfarera 4, reproducía el patrón de aprendizaje tradicional: “Me decía: ponte ahí, y yo me ponía allí, claro. ¡Dale! ¿Pero tú no ves como hago yo? Yo le daba y venía, volvía otra vez, me arreglaba la pieza y así andaba y a mí me desesperaba aquello [...] pero no te decían como era, no, tú metes así la mano y luego le vas dando...ya ves tú...ya ves tú me decían y yo no veía nada”. Alfarera 4.

26. Sobre la enseñanza profesional femenina en España, en concreto sobre Escuelas de Artes y Oficios, y sobre la oferta de las disciplinas artísticas como “tradicionales femeninas” ya desde el siglo XIX (si bien para el mundo urbano e industrial), han incidido, entre otros, Rico (2010) o Martín (1990).

27. “mujeres... éramos muchas ¡eh! Debían de ser...debíamos de ser...no sé si 15 alumnos [...] pues ponle que había 13 mujeres y 2 hombres. Éramos la mayoría mujeres”. Alfarera 2.

28. Hacemos nuestro el título del libro de Tomé y Díaz (2007).

formación en ningún momento se acota el género, lo que abre de facto la puerta a las mujeres. Así, las estructuras de poder aseguraron el futuro acceso de mujeres al frente de talleres de alfarería en una combinación, no siempre voluntaria, de corrección política y desconocimiento de las coordenadas culturales en las que se movía la alfarería tradicional. La Administración eligió el oficio a recuperar pero filtró los componentes clásicos de diferenciación por género. Por tanto, para mantener las formas exigidas por la corrección política y por su propio desconocimiento de la actividad, aseguró el futuro acceso de mujeres al frente de talleres de alfarería abriendo un nuevo marco de oportunidades laborales. Se trata, si queremos expresarlo así, de una ayuda involuntaria pero imprescindible a la feminización del oficio. Entendemos que el papel jugado por la Administración autonómica en este caso fue decisivo, primero, y, sobre todo, porque sin la decisión de activar el proceso de patrimonialización de la alfarería no sería posible sostener este oficio en la actualidad, ni en manos masculinas ni en manos femeninas. Y, segundo, si la sociedad rural en la que están insertos los talleres no mostró una conflictividad abierta —y en lo que nosotros sabemos, tampoco soterrada— fue porque las mujeres llegaron a esa ocupación con el amparo y con el “aval” de la Administración que les proporcionaba formación reglada, lo que hizo que la sociedad las viera como “expertas”, un elemento sustancial que cambió por completo la percepción que del propio oficio y de sus protagonistas existía y provocó que se obviaran las actitudes interiorizadas y los comportamientos e imaginarios colectivos²⁹.

La Xunta de Galicia es la institución crucial para entender el papel de la Administración en la activación patrimonial de la alfarería tradicional en la provincia de Lugo a finales del siglo XX. El ejecutivo desde la creación del Estado de las Autonomías en 1978 pasa a detentar las competencias plenas en materia de artesanía, aunque no será hasta casi dos décadas después cuando comience a ejercerlas. La ley 1/1992 del 11 de marzo *Lei de Artesanía de Galicia* será la medida legislativa que dará amparo a sus sucesivas actuaciones. Esta disposición señala la necesidad de definir el objeto de la actividad artesanal y los conceptos de “taller artesano”, “artesano” y “maestro artesano”. Esta intervención marca un antes y un después en el oficio alfarero que abandona las características que lo definían en el pasado y debe incorporar nuevas directrices que lo proyecten en el futuro como actividad económica viable. La Administración otorga “etiquetas” (Freire Paz, 2002) que identifiquen los lugares de producción y, por ende, los procesos y las piezas que allí se elaboran, a las personas que los ejecutan, que pasan a ser reconocidas como artesanos, colectivo dentro del que aparece una jerarquización vinculada a su capacidad de enseñar las técnicas de la alfarería de manera reglada y pautada³⁰.

29. “Bueno...ahora mi suegra está super orgullosa...desde que me llamaron... ya empecé a ganar algún premio, salir en el periódico y tal, ahora es otra cosa”. Alfarera 2.

30. En un primer momento la acción de recuperación de la alfarería comienza por identificar

Es más, a partir de esta Ley la Xunta de Galicia urde un entramado de instituciones (como el CENTRAD) y organismos diferenciados (como el Registro General de Artesanía y la Comisión Gallega de Artesanía) que no tienen más función que la de gestionar los fondos económicos que en ese momento la Unión Europea había habilitado para las regiones clasificadas como “Objetivo 1”, entre las que se encontraba Galicia. Se trata de los programas LEADER —en concreto LEADER I (1991-1994), LEADER II (1994-1999), LEADER PLUS (2000-2006)— y el PRODER-PRODER 1 (1996-1999) y el PRODER 2 (2000-2006), con los que desde la Unión Europea se incentiva la traslación de la actividad productiva desde el sector primario al sector terciario en el espacio rural (Pérez Fra *et al.*, 2012). En este marco de terciarización económica es en el que la alfarería se reubicó en términos económicos, sociales y culturales y es entonces, y no antes, cuando se produce la feminización del oficio.

La Xunta distribuye los fondos europeos asignados a este programa de revitalización de oficios tradicionales a través de dos vías fundamentales que se refuerzan mutuamente. En primer lugar, campañas divulgativas —la importancia concedida a las exposiciones eleva las piezas de barro a objetos musealizables y las coloca en una órbita económica y cultural completamente diferente a la de partida— y, en segundo lugar, acciones formativas —parten de la premisa de pedir 500 horas de estudio para otorgar la carta de artesano—. Los cursos de formación supusieron la “línea de salida” de las mujeres del rural como alfareras, pero para entender su acceso a la jefatura de los talleres debemos tener en cuenta que cuando optan por hacerse profesionales de la alfarería lo hacen en este ambiente de proyección social de una imagen altamente positiva del oficio del barro³¹ y en una situación muy ventajosa en la que cuentan con el amparo económico de la Administración. En realidad, sus testimonios prueban que se vieron “enganchadas” en las redes institucionales³², que las elevaron por encima de los condicionantes de género que hasta ese momento habían imperado en la transmisión del oficio y las proyectaron a puestos de dirección, que estaban muy lejos de los planteamientos iniciales de las alfareras, ofertándoles convertirse en “maestras” —lo que permitía completar sus ingresos como productoras de piezas de barro con la actividad de impartir cursos de formación— y subvencionando sus talleres³³.

a aquellas personas que habían mantenido el oficio en activo y expedirles un título, el carnet de artesano, que reconocía formalmente su destreza en el ejercicio de la actividad. Del total de ocho personas que ven reconocido su oficio, solo una era mujer, se trata de la Alfarera 3.

31. Alfarera 4 señala que, gracias a la formación recibida y a la ayuda institucional, la alfarería se había convertido en “una salida *bien*”. La cursiva es nuestra.

32. “Ahora mismo [...] una persona sola [sin el amparo de la Administración] si tuviéramos que vivir de esto, solo de esto, pues nada, no viviríamos [...] si no sí, hombre, sí”. Alfarera 4.

33. Una alfarera contesta muy gráficamente a la pregunta de si se hubiera dedicado igualmente

4.—*Conclusión: ceramistas con marchamo de alfareras o viceversa*

A finales del siglo XX el mundo del barro había mudado, había perdido las connotaciones y los significados que tenía en el pasado. Se encontraba en un proceso que combinaba “desaparición” —a esa altura ya no era una fuente de ingresos suficiente— con “recuperación” —no hay significación peyorativa de la actividad— y es en ese instante de movilidad dupla en el que se produce el acceso de las mujeres. No entraron en las claves tradicionales del oficio, pese a haber llegado amparadas bajo el pseudónimo de la tradición. Este nos parece un factor determinante para entender el interés que el estudio de caso puede tener. No estamos hablando de la incorporación de mujeres a un “mundo de hombres” como acontece en otros campos —universidad, industria, empresa, etc.— donde existe una irrupción a partir de la llegada de la democracia. En este caso, ellas llegan después de una ruptura de esa actividad con los trazos que tenía en el pasado. Se integran en un oficio que ya estaba en pleno cambio y en el que la llegada de las mujeres no fue percibida, ni por ellas, ni por los demás agentes implicados en el proceso como un salto cualitativo porque, ¿dónde se visibilizaron las mujeres? Solo donde no hubo relevo masculino, solo donde la actividad alfarera había cesado y solo donde hubo procesos de activación patrimonial posterior dirigidos por la Administración.

No sustituyeron a los alfareros varones en las tareas y puestos que se les negaban tradicionalmente rompiendo pautas culturales dominantes y comportamientos colectivos androcéntricos. Estamos ante mujeres que, avaladas y revestidas por el amparo oficial y con la creación de una identidad como trabajadoras facilitada por los estudios, se convirtieron en alfareras. La acción de las instituciones resultó fundamental, pues la formación que dispensó actuó como regulador de las relaciones de poder familiares y comunitarias que negaban a las mujeres el acceso a los puestos “de hombres” en el oficio del barro. Además, estas actuaciones también modelaron los comportamientos colectivos con respecto a la actividad, pues los títulos que expedía y los discursos que generaba cambiaron las representaciones que de ellas se hacían: ya no eran mujeres haciendo un trabajo de hombres de bajísima estima social, sino que eran cualificadas guardianas de la tradición.

De nuestra investigación se desprende que, en general, allí donde ha habido un proceso de revaloración del oficio las connotaciones de clase y género se han superado. Pero donde ha permanecido ininterrumpidamente la memoria han podido pervivir correlaciones negativas entre el ejercicio de la alfarería y las mujeres que denotan la no modificación del esquema social que las discrimina y/o

a la alfarería de no haber el soporte institucional para la formación y promoción de la actividad, “yo creo que no ¡eh! *Si no me cae en las manos...*” (Alfarera 2). La cursiva es nuestra.

subordina³⁴. Sería el caso, por ejemplo, de la permanencia del discurso que alude a la inadecuación del cuerpo asociado con la fisiología femenina que la sociedad tradicional usaba como barrera infranqueable para permitir el acceso a las tareas del oficio consideradas expertas y, por lo tanto, dignas de reconocimiento social³⁵. Por lo que respecta a este último aspecto de la estima social, sería más difícil de discutir que, allí donde nunca hubo un abandono de la actividad pudiésemos descartar la pervivencia de determinados estigmas o marcas sociales vinculados no a una cuestión de clase sino de género. Tanto donde se desmanteló el oficio como donde este no ha desaparecido, la presencia de las mujeres es percibida como un mal menor, bien por subsanar la ausencia de varones que continuasen el oficio, bien por poder construirse un discurso que las identifica con “ceramistas” y que encaja a la perfección con el imaginario colectivo sobre las identidades femeninas.

Como corroboran las historias de vida de las alfareras lucenses, no estamos ante pioneras, no nos encontramos con mujeres activistas por la igualdad de género, no había lugar para la lucha más allá de lo individual y de lo doméstico. Asumieron y pasaron a desempeñar una actividad hasta ese momento masculina en un contexto claramente favorable: con un oficio en mudanza, una administración volcada y muy dotada desde el punto de vista económico, una sociedad receptiva y un rural que, en proceso de desarticulación, transigió con lo que suponía una modificación cultural en aras de criterios de supervivencia demográfica y económica. Esta generación de alfareras, que se forma en los noventa y se adueña de los talleres en la primera década de los 2000, no está ya compuesta por mujeres campesinas ni labradoras, ni siquiera por alfareras tradicionales *stricto sensu*, sino por ceramistas con ropajes de alfareras, por artistas que hacen valer raíces y cultura tradicional para mostrarse ante la sociedad como elementos diferenciados. Se trata, en definitiva, de mujeres que habitan en un rural ya multifuncional en el que la agricultura no impone, como hacía antaño, las reglas, y es ese rural el lugar que les confiere el marco óptimo para poder revestir su formación y consideración con la tradición.

34. En los testimonios recogidos hemos encontrado ciertos discursos que parecen corroborar esta interpretación. “Entonces ...me decía...me decía siempre niña, que mira que para esto hay que tener mano, hay que tener mano [...] y yo digo, sí, ya lo sé...y dice tú haciéndolo llegas a aprender, pero el que vale es tu marido, tu marido sí que vale”. Alfarera 4.

35. Estigma presente desde el siglo XIX en relación con el acceso de las mujeres al mundo del trabajo asalariado, como ha demostrado Mira (2011).

5.—Referencias bibliográficas

- CABANA IGLESIA, Ana y FREIRE PAZ, Elena (2015): “Vendedoras de barro. Mujeres rurales y los límites de «lo doméstico» a mediados del siglo XX”. En ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (ed.): *Jornaleras, campesinas y agricultoras. La historia agraria desde una perspectiva de género*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 281-306.
- CAMARERO, Luís (2002): “Pautas y tendencias demográficas del medio rural: la población rural en la última década del siglo XX”. En GÓMEZ BENITO, Cristóbal y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Juan Jesús (ed.): *Agricultura y Sociedad en el cambio de siglo*. Madrid, McGraw Hill, pp. 63-77.
- CAMARERO, Luís; SAMPEDRO, Rosario y VICENTE MAZARIEGOS, José Ignacio (1991): *Mujer y ruralidad en España. El círculo quebrado*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- CAMARERO, Luís y SAMPEDRO, Rosario (2008): “¿Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural”. *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 124, pp. 73-105.
- COLE, Sally C. (1994): *Mulheres da Praia. O trabalho e a vida numa comunidade costeira portuguesa*. Lisboa, Dom Quixote.
- DÍAZ MÉNDEZ, Cecilia (2005): “Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural”. *Papers*, 75, pp. 63-84.
- (2007): “Mujeres jóvenes y ruralidad: dos generaciones y dos estrategias de inserción sociolaboral”. *Aula Abierta*, vol. 35, n.º 1, 2, pp. 117-132.
- DÍAZ MÉNDEZ, Cecilia y DÍAZ MARTÍNEZ, Capitolina (1995): “De mujer a mujer: estrategias femeninas de huida del hogar familiar y del medio rural”. *Agricultura y Sociedad*, 76, pp. 205-218.
- DÍAZ-GEADA, Alba (2015): “Extender conceptos. Una aproximación al estudio del cambio socio-cultural en el rural desde el trabajo de las agentes de Economía Doméstica (1960-1978)”. En ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (ed.): *Jornaleras, campesinas y agricultoras. La historia agraria desde una perspectiva de género*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp.387-406.
- (2011): *O campo en movemento. O papel do sindicalismo labrego no rural galego do tardofranquismo e a transición (1964-1986)*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.
- FREIRE PAZ, Elena (2002): “La artesanía gallega: espejo y etiqueta”. En GARCÍA MIRA, Ricardo; SABUCEDO CAMESELLE, José Manuel; ROMAY MARTÍNEZ, José (ed.): *Cultur Cuality of Life and Globalization*. A Coruña, AGEIP-IAPS, pp. 894-895.
- GONZÁLEZ REBOREDO, Xosé Manuel (2009): “El ocaso del campesinado en Galicia: situación de partida, cambio y recuerdos en el presente o para el futuro”. En RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador y MACÍAS SÁNCHEZ, Clara (coord.): *El fin del campesinado: transformaciones culturales de la sociedad rural andaluza en la segunda mitad del siglo XX*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, pp. 237-266.
- LEDO REGAL, Tareixa (2010): *Lidia Senra Rodríguez. A historia dun liderado entrañable*. Santiago de Compostela, Edicións Laiovento.
- LÓPEZ IGLESIAS, Edelmiro (1997): “Crise da agricultura tradicional e formación do agricultor. As mudanzas experimentadas polo agro galego na segunda metade do século XX”, En PEREIRA MENAUT, Gerardo (ed.): *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego*. Historia. Vol. 2. Santiago de Compostela, Museo do Pobo Galego, pp. 219-234.
- MARTÍN VAQUERO, Rosa (1990): “La mujer como creadora: la Escuela de Artes y Oficios de Victoria (1900-1990)”. *Kobie. Serie Bellas Artes*, VII, pp. 25-50.
- MIRA ABAD, Alicia (2011): “Imágenes y percepciones de las mujeres trabajadoras en la sociedad liberal y en la cultura obrera de finales del siglo XIX y principios del XX”. En AGUADO, Ana y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (coord.): *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*. Valencia, PUV, pp. 99-122.

- MORENO FELIÚ, Paz (2013): *Entre las gracias y el molino satánico. Lecturas de Antropología Económica*. Madrid, UNED.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2013): “Democratizando la democracia. Estrategias de género de las trabajadoras agrícolas españolas (1977-1990)”. *Historia Agraria*, 61, pp. 181-209.
- PÉREZ FRA, María do Mar *et al.* (2012): “Representativeness and civic participation in rural development programs. The case of PRODER Program in Galicia (Spain)”. *Outlook on Agriculture*, 41 (3), pp. 215-220.
- RICO GÓMEZ, María Luisa (2010): “Mujer, enseñanza profesional y modernización en España (1880-1930)”. *Historia Contemporánea*, 41, pp. 447-479.
- RODRÍGUEZ GONZALEZ, Román (2011): “O espazo rural galego: problemáticas e perspectivas”. En LÓPEZ GONZÁLEZ, Francisco Javier (coord.) *O rural galego a debate. Unha visión dende o Foro Rural Galego*. Lugo, Foro Rural Galego, pp. 160-174.
- ROSEMAN, Sharon (2012): “Quen manda?: políticas de autoridade doméstica na Galicia rural”. En ALONSO POBLACIÓN, Enrique y ROSEMAN, Sharon (ed.): *Antropoloxía das mulleres galegas. As outras olladas*. Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, pp. 231-262.
- SESEÑA DIÉZ, Natacha (1997): *La cacharrería popular: la cerámica de basto en España*. Madrid, Alianza Editorial.
- (1975): *La cerámica popular en Castilla la Nueva*. Madrid, Editora Nacional.
- TOMÉ MARTÍN, Pedro y DÍAZ VIANA, Luís (2007) (coord.): *La tradición como reclamo. Antropología en Castilla y León*. Salamanca, Consejería de Cultura y Turismo Junta de Castilla y León.
- VALLE MURGA TERESA, del (2008): “La cultura del poder desde y hacia las mujeres”. En BULLEN, Margaret Louise y DÍEZ MINTEGUI, María Carmen (coords.), *Retos teóricos y nuevas prácticas*, Donosti, ANKULEGI, pp. 151-178.